

El oficio de enseñar

Sin aureola y sin mito, Gabriela fue una campesina que amó la tierra y sus raíces, al hombre y su circunstancia, al niño y sus derechos y tradujo ese amor ejerciendo el magisterio con ciego y leal obediencia a su vocación más íntima.

«¿Qué el oficio no nos sea impuesto. Primera condición para que sea amado. Que el hombre lo elija como élige a la mujer, y la mujer lo mismo que elige al hombre, porque el oficio es cosa mucho más importante todavía que el compañero. Estos se mueren o se separan; el oficio queda con nosotros».

«Solamente Dios es asunto más trascendente para el hombre que su oficio».

Andan muchos sintiendo humillados en su profesión y pensando superiores a ella. ¿Por qué no la dejan? La recogerán otros que sean más hábiles. Cosa tonta vivir con rabia o desabrimiento en el lugar donde alguno puede permanecer con alegría. Resignar del oficio es que se vive el día es ingenuo como renegar de la piel oscura: se le lleva sin remedio, por voluntad de Dios, si es vocación, por tonta aceptación, nuestra si es accidente» (1917, "Sobre el oficio").

Una campesina que se habituó a decir lo que pensaba, como buena maestra de niños, en la sala de clases de la aldea, o desde estados internacionales; en su prosa o en sus versos, en sus amores y en sus rencores.

«Es cosa corriente que el hombre y la mujer entren a su Escuela Nacional siendo: motes alegres y que salgan de ella bastante bien avivados para el oficio y también aridos de ilusiones. La ambición legítima se la van a paralizar los ascensos lentos; el gusto se lo

quebrará la vida en aldeas paupérrimas y la fatiga peculiar del ejercicio pedagógico. El ruido magro, las cargas familiares, si no darse rasi nunca a la fiesta de la música o del teatro, la inapetencia hacia la naturaleza, corrientes en nuestra raza y sobre todo el desdén de las clases altas hacia sus problemas vitales, todo esto irá royendo sus facultades y el buen vino de la juventud se les torcerá hacia el vinagre».

AUTODIDACTA.

¿Sin título profesional, por necesidad y vocación se inicia en la pedagogía.

«Empecé a trabajar en la escuela de la aldea llamada Compañía Baja, a los quince años de edad, como hija de gente pobre y con padre ausente y poco desahogado. Enseñaba ya a leer a alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachones analfabetos que me sobrepasaban en edad».

Marta Elena Samatín indica que la joven maestra conoció sinahores: «la directora creyó ingenuamente que el principio de autoridad bastaría para mantener a raya a esa chiquilla altanera, pero se equivocó. Lucila jamás le dio crédito sus atribuciones reglamentarias. Se citó a ella y cumplió al pie de la letra sus obligaciones. Pero con una envidiable firmeza de carácter le impidió hemicursarse en sus ausencias privadas, en sus opiniones, en las manifestaciones de su amabilidad que ya surgía con fuerza y relieve poco comunes».

Gabriela confiesa: «A la directora no le caí bien. Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil ni la flexibilidad grata que gana a las gentes. Mi jefe me padeció a mí y yo me la padecí a ella».

«Consciente de sus limitaciones profesionales, estudió con rigor, lee inces-

santemente, aprende cuando enseña. Toma nota de cuanto le rodea. Colabora con artículos literarios en el periódico "La Constitución", de Copiapó y más tarde en "El Coquimbo" de La Serena.

LOS ATAQUES

Aproximadamente en esa fecha conoce a Romeo Ureta. Se aleja de la compañía de jóvenes de su edad. Desprecia el comentario insulso y mantiene un silencio ostensible ante la charla superficial. Sus versos escandalizan la mentalidad timorata de muchas brujas, e incluso es atacada violentamente en un artículo firmado por Abel Modas.

Llama la atención de algunos señores influyentes quienes consiguen un puesto de secretaria en el Liceo de Niñas para la maestra rural, en La Serena.

Elena Samatín resume las experiencias de Gabriela en el liceo: «En 1906 comenzaron las desavenencias con la directora, quien deseaba que su liceo se mantuviera dentro de cierta categoría social. Lucila Godoy creía en la escuela del pueblo, la escuela democrática, acogedora de cuantos quisieran aprender y la altilva secretaria obró en consecuencia. Víctima de arbitrariedades e injusticias, la joven renunció a su cargo».

Sin embargo, las tristezas de Gabriela fueron realmente profundas cuando, decidida a continuar sus estudios, postuló a la Escuela Normal de La Serena y su solicitud fue rechazada por manifestar admiración pagana por la naturaleza y escribir versos, actividad desdeñable en una señorita».

LA ESCUELA RURAL.

Regresa a su caserío rural y esta vez se hace cargo de la dirección de la Es-

cuela La Cantara.

Al año siguiente acepta un traslado a Cerrillos, entre Coquimbo y Ovalle. Continúa estudiando, continúa escribiendo. Las experiencias se vuelcan en versos dolidos: "Campesina, ¡recuerdas que alguna vez prendiste su nombre a un comentario brutal o baladí? cien veces la miraste, ninguna vez la viste! y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti". (La Maestra Rural).

En el año de la muerte de Romeo Ureta... En 1910 rinde examen de competencia para obtener un título supletorio. Aprobada con notas sobresalientes es designada en una escuela de Barrancas, cerca de Santiago. Luego ingresa a la enseñanza secundaria en el liceo de Traiguén, como profesora de Biología e Higiene. Ya no volverá a detenerse: Antofagasta, Los Andes, Punta Arenas, Temuco, desfilan ante sus ojos ávidos.

A su amiga Lenka Franchi expresará más tarde: "yo fui una autodidacta, pero el autodidactismo no me parece un ideal, porque es un martirio, aunque yo le tenga apego y se lo aconsejo a quien tenga la entereza suficiente para afrontarlo».

LITERATURA

La maestra autodidacta deja en su prosa lineamientos pedagógicos válidos para los maestros de cualquier lugar y de todas las épocas. Recomienda estimular el amor a la literatura, hurgando en nuestras propias raíces: "feliz, mucho feliz, todo el que pueda que será el que se quiera. Se trata del momento en que el niño pasa de las rodillas maternas al seco banco escolar y cualquier alimento que se le allegue debe llevar calor y olor de aquellas leches de amapay. Contar es encantar con lo cual se entra en la magia».

Recordando a GABRIELA

COMISIÓN CENTENARIO DEL NATALICIO



El Rey de Suecia entrega la distinción a la poetisa Gabriela Mistral.

«Su experiencia profesional, sus vivencias se transforman en voz de alerta para orientar la misión magisterial: "jamás debe hacer el maestro lo que el niño puede hacer por sí mismo. La acción es lo que fortifica las facultades del niño y lo que acrecienta su espíritu. Evítalo decir y ayudar demasiado frecuentemente a vuestros discípulos».

«Que no haya estado pasivo para el alumno: ante todo, el esfuerzo personal. Que una dificultad vencida excite la ambición de un nuevo triunfo. Que el maestro cree interés por el estudio; que solicite la curiosidad, que provoque la investigación, que despierte la iniciativa, que inspire la confianza en sí mismo, que sugiera analogías, que mueva, en fin, a sus alumnos a ensayar sus fuerzas y probar su habilidad» (Métodos activos de instrucción, 1919).

«Gabriela nunca dejó de ser una autodidacta, mantuvo el afán del estudio constante y nunca cesó de recomendarlo».

«En 1925 en carta a una amiga expresa: "lea mucho, estudie mucho; no se cansa de adquirir cultura, pero mantenga la frescura del espíritu gracias a la cual se crea. Manténgase como los buenos artesanos, siempre insatisfechos de sí mismos».

LA ORACIÓN DE LA MAESTRA.

«Señor, tú que enseñas, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de

maestra que tú llevaste por la tierra».

Dame el amor único de mi escuela, que si la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hámme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mi este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mequetrefa insinuación de protesta que sube a mi cuando me mieren. No me duela la incompreensión ni me entristezca el olvido de las que entendi.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes. Alcance a hacer alguna de mis niñas mi verso perfecto y a dejarlo en ella clavado mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Mostrame posible tu evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Por en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corvo de niños descalzas.

LA INFANCIA ES INOCENCIA.

A través de canciones de cuna, rondas, jugarretas, cuentos, revela el conocimiento profundo del alma infantil, producto de su experiencia como maestra.

«La prosperidad moral y material a que aspiran los hombres podría ser posible si las necesidades del niño fueran atendidas sin demora».



Los niños siempre estuvieron presente en las creaciones y preocupaciones de Gabriela.

El Oficio de enseñar [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Oficio de enseñar [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile